



*Figura 2: El grupo visitando la fortaleza de Dashtadem (Imagen Miguel Ángel Bru)*

En los días del viaje, cuando andábamos por allí, apareció en los medios una noticia sobre los resultados obtenidos en el estudio del genoma de los armenios: después de tanto trasiego de gente empujando y pasando por allí, apenas mostraban huellas genéticas de otras poblaciones. De manera que no solo había sido una resistencia cultural, identitaria en costumbres y creencias, sino también genética. Una voluntad de resistencia sorprendente. Común en nuestra especie, según parece, ya que los humanos actuales que no somos del África subsahariana llevamos un pequeño porcentaje de genes de los neandertales - en torno a un 2% según el paleontólogo Arzuaga-, a pesar de haber convivido con ellos durante miles de años.

Resistencia inquebrantable. La impresión más inmediata que refleja la historia de este grupo humano es que los armenios son un pueblo de «confin»: un confin no solo geográfico y físico, sino también de un confin entre mundos altamente diferentes y diversos hasta el punto de vista filosófico, religioso, antropológico e incluso de la organización social. Esta colocación marginal en el orden internacional no constituye solo una variable externa, sino que parece íntimamente utilizada en el interior como un recurso para la supervivencia y el desarrollo de los individuos y del grupo.

El entretejido íntimo que observamos entre cristianismo y conciencia nacional, que como el ave fénix había renacido tras la época soviética, seguramente fue el bastión que históricamente les proporcionó esa genuina singularidad. Tienen a gala que la conversión del reino armenio al cristianismo se produjo en los albores del siglo IV, por lo que son la primera nación que aceptó oficialmente el cristianismo como religión del Estado. A partir de esta conversión oficial la historia y el destino de Armenia están íntimamente conectados con su cristianismo, pues se adhieren a él como si fuera su propia supervivencia. Pero también, les ha proporcionado su independencia. Pues, seguramente, fue a causa de la política hegemónica e invasora de Justiniano por lo que los armenios encontraron en la proclamación de una completa separación de la iglesia imperial la única salvación para la propia identidad religiosa-cultural que deseaban.

Georgia es un caso bien diferente. Comparte con Armenia una gran personalidad, el que ambos países han sido invadidos hasta llegar casi al exterminio, que son igualmente un estratégico cruce de caminos entre Europa y Asia y que mantienen un acendrado carácter religioso; comparten también su ansiedad por mantenerse independientes, pero son bien diferentes de sus vecinos del sur. Georgia es